

## JUAN 17

JORGE HITIAN<sup>1</sup>

Embalse Río III, Córdoba, 30/10 al 14/11 de 1984 –Retiro de pastores

### **Introducción:**

Desde hace más de ocho meses hay una carga creciente en mi corazón relacionada con el capítulo 17 de San Juan. En la medida en que he ido leyendo y orando este capítulo, la carga se ha ido ahondando en mí y dominándome tanto en lo que respecta a nuestra propia congregación como en lo que hace a la unidad de todos los cristianos. Por varias semanas, he estado leyendo este capítulo cada día y orándolo intensamente. Hay allí riquezas insondables. Ante este capítulo me siento como en la orilla de un inconmensurable mar con el agua apenas por los tobillos, frente a un océano muy vasto y profundo del amor y del propósito de Dios para con su pueblo.

Algunas veces me he preguntado, ¿Cómo será el diálogo íntimo entre el Padre y el Hijo?, ya que desde antes de la fundación del mundo el Padre eterno estaba en comunión con su Hijo, en una comunión perfecta y total, una relación de gloria que nosotros ni siquiera podemos imaginar. ¿Qué hacían? ¿Qué conversaban en la eternidad pasada?

Cuando Jesús se hizo hombre y comenzó su ministerio público, los Evangelios relatan que él, muy temprano de mañana se iba al monte a orar. A veces pasaba la noche orando. ¿Qué le diría al Padre? No tenemos muchos registros de esa conversación íntima de Jesús con el Padre; el más importante es Juan 17. Todo el capítulo es la oración del Hijo al Padre. En esa ocasión tan especial, Jesús elevó esta oración delante de sus discípulos, la cual hizo un gran impacto en sus mentes y corazones. El apóstol Juan, con la ayuda del Espíritu Santo, pudo reproducir al menos el resumen o la esencia de esta tremenda oración de Jesús, pocas horas antes de su sacrificio. Pienso que este capítulo nos da una idea de la clase de comunión que había entre el Hijo y el Padre.

El Evangelio de Juan tiene 21 capítulos. Juan utiliza los doce primeros para relatar los tres años del ministerio público de Jesús. Luego usa cinco capítulos (del 13 al 17) para registrar lo que aconteció entre Jesús y sus discípulos durante unas pocas horas. Evidentemente, para Juan esas pocas horas eran trascendentes. Juan consideró tan importante lo que Jesús hizo, dijo y oró en aquellas pocas horas que dedicó cinco capítulos para relatarlos. Es la última conversación de Jesús con sus discípulos antes del Getsemaní y del Calvario.

En el cap. 13 Jesús lavó los pies a sus discípulos, y les enseñó a imitar su ejemplo y amarse los unos a los otros como él les había amado. En el cap. 14 les dijo

---

<sup>1</sup> Pastor de la Comunidad Cristiana de Capital Federal, Argentina, y miembro del grupo apostólico en Argentina.

que él se iba al Padre y que les enviaría otro Consolador. En el cap. 15 les instó a permanecer en él para llevar mucho fruto y así glorificar al Padre; también les advirtió que en el mundo serían aborrecidos por algunos y aceptados por otros. En el cap. 16 les habló nuevamente acerca del Espíritu Santo y de su obra en el mundo y en ellos. Otra vez les dijo que se iba al Padre y terminó con estas palabras: “Estas cosas os he

Juan 17, p. 2

hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33).

En el cap. 17 se produjo un cambio. En la misma presencia de los discípulos, se dirigió al Padre e hizo esta magistral oración sacerdotal, revelando y expresando los deseos más profundos de su corazón, los cuales se hallaban en perfecta consonancia con el propósito eterno del Padre.

Cuando leo y releo el cap. 17 de Juan, me siento muy pequeño ante tanta grandeza. Me siento como un tonto ante tanta sabiduría, inmerecedor de tanto amor, y al mismo tiempo, por pura gracia, incluido en una empresa grandiosa, cuyo éxito está asegurado para la gloria del Padre.

No puedo expresar lo que pasa en mi interior al meterme en Juan 17. Me siento un tartamudo. ¡Cómo expresar lo inefable! Sí, tan pobre es nuestra capacidad de comprensión, y mucho más aún nuestra capacidad de expresión. Lo que hay allí sobrepasa todo entendimiento. Juan 17, más que para entenderlo o predicarlo, está ahí para creerlo, orarlo y experimentarlo.

1. **EL OBJETIVO FINAL DE ESTA ORACIÓN:**  
**LA GLORIA DEL PADRE**

**Padre, glorifica a tu hijo, para que también tu hijo te glorifique a ti.**  
(v. 1)

La primera frase indica la intención de toda la oración. Es como el primer acorde de una pieza musical, la tónica, que proporciona la base de toda la partitura, su comienzo y su finalización. Lo mismo sucede en el Padrenuestro: “Padre nuestro que estás en los cielos, **SANTIFICADO SEA TU NOMBRE...**” Esta primera petición señala el objetivo final de toda la oración que Jesús nos enseñó en Mateo 6. Todo lo que se pide después es en orden a que el nombre de Dios sea santificado.

En Juan 17 Jesús comienza la oración con esta su primera petición, que revela el objetivo final y trascendente de todo lo que pide después en el resto del capítulo. El fin de todas las cosas es la gloria de Dios. El fin de Cristo, del hombre, de la redención y de todas las cosas es la gloria del Padre. El desarrollo milenario de la historia tiene como objetivo final la gloria de Dios. Jesús lo sabe muy bien, y comienza esta oración tan profunda dando la tónica. Señala en su primera petición la intención y el objetivo de todo lo que vendrá después. **Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, no para la gloria del Hijo, sino PARA QUE tu Hijo te glorifique a ti.**

El Hijo ya tenía gloria antes de la creación del mundo. Cuando nada era ni existía, Dios ya existía en la eternidad pasada. El Padre eterno siempre tuvo un Hijo eterno. Yo fui padre a los 30 años, cuando nació mi primera hija, pero Dios es Padre eterno, pues él siempre tuvo un Hijo. El Padre es el dador de la vida; el Hijo es el receptor de la vida. El Padre da vida al Hijo; el Hijo recibe la vida del Padre. La Juan 17, p. 3

misma esencia y naturaleza del Padre está en el Hijo. Jesús es Dios, y a la vez el Hijo de Dios.

Lo mismo acontece con el ser humano. Yo soy hombre y a la vez hijo de hombre. Lo que es el Padre también es el Hijo: ser de su ser, vida de su vida, luz de su luz. “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud (pleroma)”. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad” (Col. 1:19; 2:9). Todo lo que el Padre es y tiene está en el Hijo, porque todo ha dado al Hijo. “Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío” (Jn. 17:10). Y en esta relación eterna el Padre y el Hijo son una misma cosa en el vínculo perfecto del amor. Por eso dice Cristo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9). Todo lo que es y tiene el Padre habita en el Hijo. El Hijo tiene el mismo amor del Padre, la misma sabiduría, el mismo poder, la misma gloria, la misma naturaleza, la misma santidad. Todas las virtudes y atributos del Padre habitan en el Hijo. “Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío”. Sin embargo, uno sigue siendo el Padre y otro el Hijo. El Hijo tiene toda esta gloria desde antes de la creación del mundo, y ahora le pide al Padre que glorifique al Hijo con aquella misma gloria que tuvo antes que el mundo fuese (v. 5).

**Yo te he glorificado en la tierra;  
He acabado la obra que me diste que hiciese.**  
(v. 4)

El Hijo glorifica al Padre en esta tierra, completa la obra que el Padre le ha encomendado (vs. 4-8). ¿Cuál es esa obra? **“He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste”**. Jesús manifiesta a sus discípulos el nombre del Padre. ¿Qué significa manifestar el NOMBRE? Yo me llamo Jorge. Jorge quiere decir agricultor, pero yo no soy agricultor. Nuestros nombres son nombres de identidad, diferenciándonos a unos de otros. Como puede haber otro Jorge, es necesario un apellido, y aun un número único en la cédula de identidad. Cuando alguien conoce mi nombre, no significa que me conoce en el profundo sentido de la palabra, sino que me identifica y me distingue de otros. Mi esposa me conoce un poco más.

Con el nombre de Dios es diferente. Dios no necesita un nombre de identidad, pues él es ÚNICO. El nombre de Dios REVELA SU SER, su naturaleza, lo que él es. Cuando le conocemos a él, recién conocemos su nombre. Cuando conocemos su nombre le conocemos a él. No es un conocimiento intelectual sino espiritual.

Moisés le preguntó a Dios, “Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” Y respondió Dios a Moisés, “YO SOY EL QUE SOY”. Y dijo, “Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éx. 3:13, 14). Ese es el significado de Jehová o Yahvé. El nombre de Dios es lo que Dios es. ¿Qué es Dios?

¿Es santo? Entonces él se llama SANTO. ¿Es misericordioso? Se llama MISERICORDIOSO. ¿Es amor? Se llama AMOR. ¿Es eterno? Se llama EL ETERNO. Todo lo que él es, es su nombre. Su nombre revela su ser, su naturaleza, su esencia.

Juan 17, p. 4

Cualquiera puede aprender a pronunciar su nombre, pero esto no significa que le conoce a él. El verdadero conocimiento ha de ser espiritual, experimental. “Esta es la vida eterna: que te CONOZCAN A TI, el único Dios verdadero y a JESUCRISTO a quien has enviado”. El único conocimiento verdadero es el conocimiento a través de la experiencia. ¿Conoces a Dios? ¿Conoces su nombre?

Tú puedes conocer todos los datos acerca de San Martín, puedes sacarte 10 puntos en un examen de historia sobre su vida. Pero, te pregunto, ¿Conoces a San Martín? Puedes conocer mucho acerca de él y aún así no conocerle. Algo parecido pasa con el conocer a Dios. Puedes sacarte un 10 en un examen de teología y aún recibirte de Doctor en Divinidades, pero sin conocer a Dios. Jesús vino para que cada uno de nosotros pudiéramos conocer a Dios personalmente. Conocerle como nuestro Padre, poder decir: Sí, le conozco, yo se cómo se llama, yo se quién es él. Este conocimiento no es teoría, es experiencia. No es información; es revelación. No es algo intelectual; es vida, comunión. El testimonio de cada uno debe ser: Jesús me reveló al Padre; conozco al Padre mediante su Hijo Jesucristo quien vive en mí por el Espíritu.

**“Las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”** (v. 8). Jesús revela al Padre, y los mandamientos del Padre, los cuales revelan a los discípulos la voluntad del Padre. Comunica esa revelación mediante sus palabras y su ejemplo. Ellos la reciben, la creen y la guardan. Una vez que Jesús está seguro de haber transmitido la revelación del Padre y sus palabras, dice: “He acabado la obra que me diste que hiciese”. (v. 4)

También dice Jesús: **“Han creído que tú me enviaste”** (v. 8). Padre, ¡han creído! Siendo yo semejante a ellos, teniendo un cuerpo sujeto a cansancio, hambre, sed, sueño; habiendo andado entre ellos como hombre entre los hombres. ¡Oh, Padre, se produjo el milagro, ha ocurrido aquello que tú querías! Ellos han creído que soy TU HIJO, que soy tu enviado. Han creído que salí de ti.

Jesús está contento pues ha logrado su primer cometido con los discípulos: revelar al Padre, comunicar sus palabras y que crean en el enviado. ¿Y ahora qué? ¿Qué más? “Ahora glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti”.

En los primeros ocho versículos Jesús ruega por sí mismo. En los versículos 9 al 19 ruega por los once discípulos. Desde el vers. 20 hasta el final intercede por todos los que han de creer en él. “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (v. 20). Allí entramos nosotros. Jesús

rogó en Juan 17 por nosotros también. ¡Aleluya! Por todos los que han de creer en Jesús.

En el cap. 12 Jesús, respondiendo a Felipe y Andrés, les dice: “ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado” (v. 23). Mas adelante en el v. 27 continúa: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?”

Juan 17, p. 5

Mas para esto he llegado a esta hora. PADRE, GLORIFICA TU NOMBRE. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez”.

En la encarnación, Jesús no se disfraza de hombre; se hace hombre. Se despoja de sí mismo; siendo Dios, toma forma humana. El verbo se hace carne. Sus sensaciones son las de todo ser humano, aunque sin pecado. Ante la proximidad de la cruz, él con sinceridad dice, ¡está turbada mi alma! Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, sálvame de esta hora? Si para esta hora vine. Jesús no pide ser salvado de la cruz, sino que el Padre sea glorificado.

Cuando Jesús termina de orar Juan 17, se dirige al huerto de Getsemaní con sus discípulos. Allí sigue orando en la misma dirección: “Padre, si puede, que pase de mí esta copa, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Si es posible, sálvame de esto, Padre, pero sea hecha tu voluntad. Lo que pido es que tu nombre sea glorificado. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti”.

Si el Hijo no es glorificado, el Padre tampoco lo será. La única forma en que Dios el Padre será glorificado es a través de la glorificación del Hijo. La hora ha llegado. Jesús está frente a la cruz, sintiendo todo lo que un ser humano en sus circunstancias puede sentir. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24). “Padre, yo quiero caer en tierra y morir, no porque me guste morir, sino porque quiero llevar mucho fruto, pues sólo así tú serás glorificado” (ver Jn. 15:8). Esta oración significa: “Padre, ayúdame a no titubear frente a la cruz. Si el único camino para que tú seas glorificado es mi muerte en la cruz, estoy dispuesto, con tal que tú, Padre, recibas la gloria. Padre, voy a morir, voy a ser sepultado. Glorifícame, levántame de los muertos, y exáltame a tu diestra, revísteme con la misma gloria”.

Pero, ¿cuál es la gracia de todo esto? Si antes el Hijo tenía toda la gloria del Padre, se despojó de todo para luego volver a ser investido de la misma gloria, y recuperar lo que antes tenía, ¿Qué es lo que cambió? ¿En qué varía la situación anterior? ¿Cuál es la diferencia entre su gloria anterior y su gloria posterior a la encarnación? La diferencia está dada por el surgimiento de la iglesia.

Cuando Jesús pide su glorificación, lo hace consciente que ello implica también el derramamiento del Espíritu Santo sobre los que han creído en él; lo cual es factor indispensable para el surgimiento de la iglesia. ¡Padre, glorifica a tu Hijo para que el Espíritu Santo venga sobre los que creen! “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado” (Jn. 7:39). Y cuando venga el Espíritu, “él me

glorificará” (Jn. 16:14), dijo Jesús. De modo que, cuando el Hijo es glorificado viene el Espíritu, y cuando viene el Espíritu, éste glorifica al Hijo.

Ahora bien, LA ÚNICA FORMA EN QUE EL PADRE SEA GLORIFICADO ES A TRAVÉS DE LA GLORIFICACIÓN DEL HIJO; Y LA ÚNICA FORMA EN QUE EL HIJO SEA GLORIFICADO ES EN EL SURGIMIENTO EN ESTE MUNDO DE LA IGLESIA, LA CUAL POR SUS SANTIDAD Y UNIDAD  
Juan 17, p. 6

IMPACTE AL MUNDO DE TAL MODO QUE LOS HOMBRES CREAN QUE JESUCRISTO ES EL HIJO DE DIOS.

Esto es, en esencia, lo que Jesús pide al Padre en Juan 17:

“**que sean uno**” (vers. 11, 21, 22, 23)

“**guárdalos del mal**”, “**santificalos**” (vers. 15, 17, 19)

“**para que el mundo crea**” (vers. 21, 23)

2. **EL MODELO DE UNIDAD:**  
**LA TRINIDAD**

“**a los que me has dado, guárdalo en tu nombre para que sean uno, así como nosotros**”.

(v. 11)

“**que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti**”.

(v. 21)

“**que sean uno, así como nosotros somos uno**”.

(v. 22)

Jesús pide que nosotros seamos uno como él y el Padre son uno. Al pedir por nuestra unidad, Jesús presenta un modelo de unidad que es la Trinidad. Específicamente pide que haya entre nosotros la misma unidad que hay entre el Padre y el Hijo, mediante el Espíritu. Imaginémonos por un instante la unidad que hay entre el Padre y el Hijo. ¿Existe entre ellos alguna rivalidad, alguna enemistad, alguna división, algún desacuerdo? Jesús pide que entre nosotros seamos tan unidos como lo son el Padre y el Hijo.

Pero... Señor, ¿cómo es posible esto? Estás pidiendo demasiado. ¿Por qué apuntas tan alto? ¡Jesús no pide nada menos que eso! Para que el Padre sea glorificado, es necesario que el Hijo sea glorificado. Y para que el Hijo sea glorificado en la tierra, los hijos de Dios debemos ser uno, tal como son el Padre y el Hijo. Nuestras divisiones no glorifican a Cristo sino, por el contrario, traen deshonra al nombre del Señor. No hay gloria para Cristo en nuestra desunión, en nuestros sectarismos, en nuestros celos, en nuestras envidias, en nuestras ofensas, en nuestros resentimientos y rencores. “El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”, dice Pablo (Rom. 2:24)

“¡Padre, glorifica tu nombre, –clama Jesús– y para que tu nombre sea glorificado, que los que me has dado sean tan uno como lo somos tu y yo!” Hay alguna agonía en su alma. Su sudor es como gotas de sangre un ángel viene a reconfortarle. Los discípulos se duermen. “¡Padre, quiero tu gloria! ¡Glorifica a tu hijo! Haz que todos los que han de creer en mí sean uno, como nosotros somos uno.

¿Puede el Hijo ser glorificado con una iglesia mediocre? ¿Con hijos de Dios que mienten? ¿Con maridos duros y ásperos? ¿Con hijos que no honran a los padres? Juan 17, p. 7

¿Con hermanos que no quieren perdonar a sus hermanos? ¿Con comerciantes que engañan? ¿Puede el Hijo ser glorificado con cristianos que tienen boca sucia? ¿Puede el Hijo ser glorificado si la iglesia no es santa? “¡Padre, santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad! Padre, santifícalos, pues de otro modo el Hijo no puede ser glorificado. ¡Tampoco el Padre!”

Pero Señor, ¿no es mucho lo que estás pidiendo? ¿Por qué elevas tanto el nivel de tu petición? ¿Es posible que aquí, en esta tierra, hombres falibles y mortales como nosotros, hijos de Adán, podamos llegar a tal nivel de unidad y santidad?

Jesús continúa diciendo: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, **así como nosotros somos uno**”.

Toda la gloria del Padre está en el Hijo, y el Hijo nos ha dado toda su gloria para que seamos uno, a fin de que Dios sea glorificado.

Cada frase de Juan 17 es un océano insondable. Esta oración de Jesús no es una utopía o un idealismo inalcanzable. Pues es los capítulos 2, 3 y 4 de Hechos vemos el cumplimiento de esta oración. Los apóstoles, que presencian este clamor de Jesús, reciben tal impacto en sus mentes y corazones que jamás se les ocurre que tal división entre sus colegas apóstoles es una alternativa válida. Está fuertemente grabado en sus corazones este clamor del Hijo de Dios: “Oh Padre, que todos sean uno, así como nosotros”. Ellos son fieles a esta oración, y hasta el último día de sus vidas jamás dan lugar a la división, ni entre ellos mismos ni en las comunidades que fundan. El apóstol Pablo, cuando escucha acerca de la posibilidad de división en la iglesia de Corinto, horrorizado les escribe: “¿Acaso está dividido Cristo?” Y para corregirles, les reprende duramente: “Sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?” (1 Cor. 1:13; 2:3). Para Pablo es inconcebible admitir divisiones en la iglesia local.

En Hechos 4:32 leemos, “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma”. Son una multitud, miles de convertidos. La iglesia crece y se extiende. Sin embargo, todos eran uno, tal como Jesús ha pedido al Padre en Juan 17. La multiplicación de la iglesia no tiene por qué degenerar en divisiones. El impacto ante el mundo es extraordinario, pues siendo miles siguen siendo una sola cosa. ¡Aleluya! Las conversiones continúan y el número de los discípulos se multiplica grandemente. Con santidad y unidad, evangelizar es una tarea muy productiva para la iglesia primitiva, a pesar del ambiente adverso del mundo en derredor. “Que sean uno para que el mundo crea”. Son uno, y el mundo cree.

Jesús no está pidiendo una mera unidad institucional, sino una verdadera unidad, total y personal. “Así como nosotros”. El Padre es una persona; el Hijo es otra persona. A pesar de ello, no tenemos dos o tres dioses, sino un solo Dios en tres personas. El Señor quiere lo mismo de nosotros; que siendo muchos seamos uno.

Esta unidad debe comenzar en el seno de la mini-iglesia que es la familia cristiana. Matrimonios que viven en unidad real en el Señor, en unidad espiritual, Juan 17, p. 8

profunda, en verdadera comunión total. Padres e hijos que son uno. Unidad en el círculo de los hermanos del núcleo familiar. Unidad con todos los hermanos de la congregación. Unidad con todos los hermanos de la localidad, y por extensión, del mundo. “Que todos sean uno”.

Hace unos meses tuvimos un retiro espiritual con unos cincuenta matrimonios de nuestra congregación. Dios nos visitó y nos llevó hacia la unidad. Muchas relaciones fueron sanadas en el amor de Dios que soberanamente nos envolvió. Observé a un hermano con un cuaderno y un lápiz, y le pregunté, ¿Qué estás haciendo? “Estoy anotando el nombre de todos aquellos hermanos con quienes no soy uno –me respondió– para pedirles perdón, amarles, reconciliarme y ser uno con ellos”. Durante aquellos dos días, Dios descendió y nos hizo experimentar algo de Juan 17. Lo más interesante es que ni hubo tiempo para predicar sobre Juan 17. Mejor que predicar Juan 17 es orarlo y experimentarlo.

Tengo una buena noticia: la oración de Jesús será contestada totalmente. ¿Lo crees? Cristo lo pidió de todo corazón, para la gloria del Padre. El Padre será glorificado por medio de su Hijo en la iglesia, a través de la unidad y santidad de su pueblo aquí en la tierra.

Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo en la iglesia, para que tu Hijo en la iglesia te glorifique a ti. Padre, te suplicamos, haznos uno con todos tus hijos, nuestros hermanos. Nos despojamos de nuestro orgullo, nos humillamos ante ti. Queremos lavarles los pies a nuestros hermanos. Queremos con arrepentimiento, pedir perdón a los que hemos ofendido. Queremos amar como debiéramos haber amado. Padre, en nuestras naciones latinoamericanas la hora ha llegado. Tú estás visitando a tu pueblo, estás derramando tu Espíritu. Nuestra generación está buscando soluciones y no las halla; nuestras divisiones le causan confusión. Padre, perdónanos y haznos uno, así como tú eres uno con tu Hijo. Amén.

3. **EL RESULTADO DE LA UNIDAD:**  
**“Para que el mundo crea”**

**“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”.**

Ya hemos señalado que el propósito de Jesús en Juan 17 era que el Padre fuera glorificado. El Padre sería glorificado únicamente a través de la glorificación del Cristo encarnado. Y el Hijo sólo sería glorificado a través de una iglesia que aquí en la tierra tuviera esta triple manifestación: SANTIDAD, UNIDAD y CRECIMIENTO CUANTITATIVO. De modo que al pedir Jesús su glorificación, implícita o explícitamente pidió lo siguiente:

Juan 17, p. 9

- + firmeza para ser obediente hasta la muerte de cruz;
- + su resurrección;
- + su exaltación a la diestra del Padre con la misma gloria que tuvo antes de la creación del mundo;
- + el derramamiento del Espíritu Santo sobre sus seguidores;
- + el surgimiento de la iglesia;
- + la santificación de los discípulos mediante su palabra;
- + la unidad de todos los creyentes;
- + un gran impacto evangelístico en el mundo, por medio de la unidad de todos los hijos de Dios, con la consecuente conversión de muchísimas personas (“para que el mundo crea”).

Si parte de esta oración se ha cumplido, podemos estar seguros que el resto también se cumplirá. Cristo fue a la cruz, resucitó de entre los muertos, fue exaltado a la diestra del Padre, derramó el Espíritu Santo y nació la iglesia. Además, hubo crecimiento numérico, santidad y unidad en la iglesia primitiva, la triple manifestación del Cristo glorificado. Los siglos fueron pasando; el cristianismo se mezcló con cosas humanas, y vino la decadencia. ¿Terminará decadente la iglesia en la tierra? ¿Sigue Jesús teniendo todo el poder en el cielo y en la tierra? ¿Podrá él restaurar su iglesia? ¿Querrá hacerlo? ¿Habrá gloria para el Padre si la historia de la humanidad termina con el ocaso de la iglesia? ¿Fracasará la iglesia como fracasó Israel?

El fracaso de la iglesia sería el fracaso de Cristo, y la deshonra del Padre. La humanidad desorientada y confundida, será testigo de la restauración de la iglesia de Jesucristo aquí en la tierra, y gran parte de ella se convertirá al Señor. El padre contestará la oración de su Hijo. El mundo verá el milagro más grande de todos los siglos, que es la santidad y unidad de los hijos de Dios. Y como resultado de ello habrá un avivamiento tan grande que millones y millones se convertirán al Señor.

Algunos dicen: “¡Qué lindo será el cielo! Allí todos vamos a ser uno. Ya no habrá divisiones, denominaciones, sectarismos. ¡Todos seremos uno!” Permítanme decirles que Jesús pidió que seamos uno aquí en la tierra “para que el mundo crea”. Padre, yo voy a ti, pero ellos están en el mundo. Y a ellos que se quedan en el mundo, te pido que los hagas uno así como nosotros somos uno.

En cierta ocasión, en la ciudad de Jujuy, visitamos a una familia con el hermano Iván Baker. Iván se sentó al piano y comenzó a tocar algunas canciones de alabanza, mientras los dos cantábamos. La sala se llenó de la presencia del Señor.

Cuando terminamos de cantar, la esposa del dueño de casa suspiró profundamente y dijo, “¡Ah, qué lindo! ¡En el cielo todos vamos a ser uno!” Imaginé que en la congregación a la cual ella asistía, no cantaban con esa libertad. Le dije, “Hermana, ámate, un día vamos a ser uno aquí en la tierra también, pues eso es lo que pidió Jesús en Juan 17”. ¿Acaso, crees que el Padre va a dejar sin respuesta la oración de su Hijo?

Juan 17, p. 10

La última frase del v. 11 me ha impactado enormemente: “Que sean uno así como nosotros”. Jesús pide para sus discípulos una unidad sobrenatural, que tiene como modelo la trinidad. El hijo de Dios no va a desistir de su propósito. Va a continuar, va a perseverar en derramar de su Espíritu sobre nosotros, en darnos más de su gloria, más de su revelación, de sus dones, de sus ministerios, de sus palabras, de sus enseñanzas, de su amor, de su humildad, de su madurez, de sus sabiduría, de su gracia, hasta que todos seamos uno, como el Padre y el Hijo son uno. ¡Aleluya!

El Padre y el Hijo, en su determinación de hacernos uno, tienen el mismo sentir. Lo que siente el Padre, lo siente el Hijo. Lo que quiere el Padre, lo quiere el Hijo. Esta intercesión del corazón de Jesús es el eco del sentir del corazón del Padre, quien desde la fundación del mundo nos amó, y nos predestinó para la alabanza de su gloria, la cual se manifestará en el mundo por la unidad de todos los hijos de Dios.

No te asombres ni te asustes de que Jesús pida cosa semejante, ya que el que va a producir, a lograr, esta unidad es Dios mismo, mediante el Espíritu Santo. Unidad sobrenatural que tiene como fin la gloria del Padre. Como consecuencia natural de esta unidad el mundo va a creer.

Cuando el comunismo dominó China, los cristianos, hasta entonces divididos en muchas denominaciones, tuvieron que unirse a la causa de la persecución. En tres décadas se han multiplicado enormemente, según cálculos conservadores. De un millón que eran, actualmente son alrededor de cincuenta millones los creyentes que se reúnen, mayormente, por los hogares.

¡Cómo hemos detenido el progreso del evangelio por nuestras divisiones! El mundo se confunde ante tantas denominaciones. La unidad de los cristianos devolverá al evangelio todo su aval y credibilidad ante el mundo.

Nuestro mundo actual está hambriento de la palabra de Dios. Los hombres no encuentran solución para la compleja problemática de la humanidad. Hay crisis en la familia, crisis en cuanto a los valores morales, crisis en la economía, en el gobierno, en el orden internacional. Con estas crisis, Dios está preparando al mundo para que tome conciencia de su necesidad y se detenga a oír su palabra. Al mismo tiempo, Dios está despertando a su iglesia para que sea una. Sólo podrá dar testimonio convincente en sí misma las evidencias del poder del evangelio, en su santidad y unidad.

En cierta ocasión, me encontré en un negocio con un hombre judío. Después de conversar un momento con él sobre la palabra de Dios, me dijo, “Yo conozco la

Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero no puedo creer en Jesucristo”. Le pregunté por qué, ya que todas las profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías se han cumplido satisfactoriamente en Jesús. “No es por eso –me respondió– sino que, como Dios es uno, el pueblo de Dios también debería ser uno. Ustedes los cristianos están tan divididos que no puedo creer que Jesús sea el Mesías”. ¡Con cuánto dolor me retiré de ese negocio!

Juan 17, p. 11

¡Oh Señor, haznos uno para que el mundo crea! Amén. Seremos uno, y hasta los judíos se convertirán (Rom. 9, 10, 11)

#### 4. LA DINÁMICA QUE PRODUCIRÁ LA UNIDAD: LA GLORIA DE CRISTO EN NOSOTROS

**“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad”.**

(vs. 22, 23)

El Padre da su gloria al Hijo, y el Hijo a nosotros, para que seamos uno. Lo que va a producir esa unidad es la gloria del Padre en el Hijo y la gloria del Hijo en nosotros.

¿Qué quiere decir **GLORIA**? Esta palabra, tan usada en las Escrituras, tiene un significado muy rico y profundo. En el Antiguo Testamento, **gloria** es la traducción de la palabra hebrea **KABOD**. “Los cielos cuentan el **kabod** de Dios” (Sal. 19:1) **Kabod** significa **valor, peso, calidad**. Por ejemplo, el oro es un metal precioso. Tiene valor, pero ¿cuánto? Para determinar su valor es necesario pesarlo. Cuanto más pesa, más vale. La balanza no agrega valor al oro; sólo lo manifiesta. De modo que la **gloria** significa valor, peso, calidad de algo o de alguien. Los cielos cuentan la gloria de Dios, el valor de Dios, la calidad de Dios, su grandeza, su sabiduría, su capacidad, su poder. Ponen de manifiesto, revelan, los atributos de Dios.

San Pablo usa la palabra **peso** en el Nuevo Testamento al referirse al término gloria. “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno **peso de gloria**” (2 Cor. 4:17). Dios ha puesto su gloria en nosotros y la tribulación nos ayuda a descubrir esa gloria que Dios nos ha dado. Moisés le dice a Dios, “Muéstrame tu gloria”. En otras palabras, muéstrame tu calidad, tu valor; revélate.

Los cielos, la tierra, las plantas, las estrellas, los átomos, las galaxias, las aves, los peces, cada célula, y todo lo creado cuentan la gloria de Dios. ¡El universo es una gigantesca balanza que revela cuán grande es Dios! ¡Cuán grande es su poder! Quedamos asombrados, maravillados, pues no podemos alcanzar a comprender cabalmente el valor y la calidad de Dios.

Glorificar a Dios no significa darle a él más gloria, sino reconocer la que ya tiene. “Padre, glorifica a tu Hijo”, significa: Padre, pon de manifiesto el valor de tu Hijo, que todos conozcan cuánto vale tu Hijo; revela su calidad. Padre, muestra quien es el Hijo, para que a través de él conozcan al Padre y le den gloria. Que todos puedan, mediante el Hijo, conocer cuán grande es Dios, cuán grande es su amor y misericordia, y reconocer su gloria.

Juan 17, p. 12

La palabra **gloria** en el Nuevo Testamento es la traducción del término griego **DOXA**. En el contexto romano y helénico del primer siglo, **doxa** era el término empleado para referirse a los honores, las medallas o condecoraciones que recibían los jefes militares por sus grandes proezas o victorias. Esas medallas colgadas en su pecho se llamaban **doxas**. Cuantas más medallas tenían, mayor era la gloria y mayor la fama. Algunos generales tenían muchas. A veces las llevaban debajo de sus capas. Al quitárselas, quedaba revelada su gloria. Dios, delante de su pueblo, está quitándose la capa, revelando su gloria. ¿Tiene él alguna gloria? ¿Ha ganado alguna medalla? Algunos reyes tenían tantas medallas que su pecho no alcanzaba para lucirlas todas. Entonces, algunos pasaban a decorar las paredes de su palacio. El universo es el gran palacio de Dios; todo allí expresa su gloria. La tierra está llena de su **doxa**: cada planta, cada flor, cada ave, cada pez, cada río, valle, monte, campo, selva, mar. Todo expresa su gloria. Pero la tierra no le alcanza; también la luna, el sol, cada estrella, las galaxias, las constelaciones (¡oh, qué vastedad, qué inmensidad!) expresan su gloria. ¡Cuántas medallas tiene el Señor!

Sí, todo lo creado muestra la grandeza de Dios, su poder, su sabiduría, su capacidad creadora y sustentadora. Pero mirar una planta no alcanza para conocer el amor de Dios y su misericordia. Dios manifiesta esos aspectos de su carácter en la persona de su Hijo. En Cristo Dios revela sus atributos morales, su santidad, su justicia, su amor, su misericordia, su bondad, su paciencia, su clemencia. Todo lo que el Padre es, es también el Hijo. Por eso Juan dice, “Y nosotros vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia, y de verdad” (Juan 1:14). Toda la calidad (gloria) del Padre está en el Hijo. Todos los atributos morales del Padre están en el Hijo. Y ahora Jesús dice: “la gloria (calidad) que me diste les he dado para que sean uno”. ¿Qué necesitamos para ser uno? Su carácter, su amor, su humildad, su santidad, su paciencia, su fe, su mansedumbre...y la tenemos. La única forma de lograr la unidad entre todos los cristianos, es mediante la gloria, la calidad de Cristo en nosotros.

“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad”. Cristo habita en nosotros, y el Padre habita en Cristo.

El Hijo habitado por la plenitud del Padre, habita en los discípulos y los llena de su plenitud, para que sean uno. Pablo ruega al Padre a favor de los cristianos en Éfeso, diciendo:

Que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál se la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud (pleroma) de Dios”.

(Ef. 3:16-19)

Juan 17, p. 13

En la Biblia de Jerusalén dice: “para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios”.

¿Cuál es el estorbo principal para la unidad de la iglesia? La carne. La mía y la tuya. Las divisiones surgen porque estamos habitados, no sólo por Cristo, sino también por la carne. Cristo tomó nuestro lugar en la cruz, y para destruir nuestro cuerpo de pecado, crucificó juntamente con él nuestro viejo hombre, nuestra naturaleza adámica. Jesús resucitó, fue exaltado y envió su Espíritu a nuestros corazones para morar en nosotros.

El cristiano tiene dos posibilidades: vivir según la carne o vivir según el Espíritu. Si vivimos según la carne, el resultado será división, pues en la carne hay celos, rencores, envidias, ambiciones, orgullo, egoísmo, personalismo, herejías, contiendas, males entendidos, favoritismos, etc. En cambio, si vivimos en el Espíritu, el resultado será unidad, pues en el Espíritu hay amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio propio, verdad, sinceridad, corrección, servicio, honra al hermano, santidad. Etc. Si estas virtudes están presentes, la unidad no es cosa difícil.

Cuando se produce división, separación, aunque sea en los corazones, es porque está operando la carne y no el Espíritu. El Espíritu aplica en nosotros la obra de la cruz, despojándonos del viejo hombre con sus hechos, y reproduce en nosotros la CALIDAD de Cristo. ¿Para qué? Para que seamos uno. ¡Qué calidad de hombre! ¡Qué calidad de vida tiene aquel hermano! ¿Cómo lo sabes? Pues, porque puede vivir en unidad con sus hermanos. Es la calidad de Cristo en él. “La gloria que me diste, les he dado, para que sean uno”.

El Espíritu Santo edifica en nosotros oro, plata, piedras preciosas. El oro es la naturaleza de Cristo. La plata representa su redención. Las piedras preciosas sus atributos morales, sus virtudes. Jesús dijo, hablando del Espíritu Santo: “Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que el Padre tiene es mío, por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber” (Jn. 16:14, 15). El Espíritu toma de las riquezas de Cristo que ya están en nosotros y nos las revela. El Espíritu va reproduciendo en nosotros todas las virtudes, gracias, cualidades y atributos de Cristo. Y así, el Espíritu glorifica a Cristo en nosotros; y al ser glorificado el Hijo, el Padre es glorificado.

Algunos dicen que en el cielo hay calles de oro, puertas de perla, un mar de cristal, etc. La descripción es correcta y bíblica, pero no corresponde al cielo, sino a la iglesia. El ángel le dijo a Juan en Apocalipsis 21:9, “Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero”, y a continuación describe la iglesia, la esposa del Cordero: “... teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal... la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio, y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa... las doce puertas eran doce perlas”. Cimientos preciosos, luz refulgente, muros hermosos...

Juan 17, p. 14

Juan describe a la iglesia, a la comunidad de los redimidos como llena de la gloria de Dios. Describe la calidad de esta comunidad, llena de la “plenitud de aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:23). Pablo señala en 1 Co. 3:12 que es en la tierra donde tenemos que edificar a la iglesia con oro, plata y piedras preciosas.

5.

### EL VÍNCULO PERFECTO: EL AMOR ÁGAPE

**“Y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”.**

(v. 23)

Jesús pide en su oración que podamos conocer que el Padre nos ha amado a nosotros como a Jesús. Esto parece imposible, una locura. ¿A quién ama más el Padre, a Jesús o a nosotros? Pensaríamos que, por supuesto, a Jesús. Sin embargo, Jesús le dice al Padre: “Los has amado a ellos COMO también a mí me has amado”.

Tratemos de imaginar por un momento cuanto ama el Padre al Hijo. ¡Pues, de igual manera nos ama a nosotros” Y Jesús pide al Padre que esto se nos haga revelar.

¿Qué el Padre me ama a mí, y te ama a ti igual que a su Hijo? Realmente es increíble, es incomprensible... pero es así. Igual, de la misma manera, con la misma intensidad con que ama a su Hijo, nos ama a nosotros ¡Esto es demasiado! ¡Es para enloquecerse! ¡Misterio de misterios!

Oh, Padre, yo puedo entender que ames a Cristo con un amor sin límites, con todo tu ser, pues él es santo, es puro, es fiel, es perfecto y siempre te agradó; pero que me ames a mí igual que a él, nunca lo podré entender. Excede a todo entendimiento.

Hay dos palabras griegas que se traducen por **AMOR**. Una es **FILIA**, y la otra **ÁGAPE**. De **filia** derivan palabras como **filosofía** (amor a la sabiduría), **filantropía** (amor a los hombres), **filatelia** (amor a las estampillas), etc. **FILIA** significa afición natural, gusto, predilección, atracción por algo o alguien, afecto, cariño. Todos tenemos gustos y preferencias. Hay cosas que nos gustan y otras que nos disgustan. Hay personas que nos simpatizan y otras que no. **Filia** es un amor producido por el objeto amado.

En cambio, **ÁGAPE** (la palabra más utilizada en el Nuevo Testamento por **amor**) significa amor inmerecido, amor sacrificial, amor misericordioso, amor en orden al bien del otro. En realidad, **ágape**, es el verdadero amor, pues no piensa en sí mismo sino en el otro. **Filia** opera en virtud del objeto amado; en cambio, **ágape** opera en virtud de quien ama. La Biblia dice; **DIOS ES ÁGAPE** (1ª Juan 4:8). Dios no nos ama por lo que nosotros somos sino por lo que él es, no nos ama porque somos buenos, sino porque él es bueno.

Juan 17, p. 15

Dios es **ágape**. No es fiel para con nosotros porque nosotros le seamos fieles, sino porque él es fiel en sí mismo. No nos ayuda porque lo merezcamos, sino porque él es misericordioso y no puede negarse a sí mismo. El amor ágape no depende del objeto amado, sino del sujeto que ama, y el sujeto en este caso es Dios. Siendo pecadores nos amó. Siendo enemigos nos amó. Siendo corruptos, adúlteros, homosexuales, perversos, orgullosos, vanidosos, envidiosos, hipócritas, mentirosos, calumniadores, igual nos amó. No había nada en nosotros que le inspirara a amarnos. Nos amó por lo que él es, porque Dios es amor.

En cambio, nosotros generalmente amamos con un sentimiento que corresponde a **filia**; amamos al que es bueno: “Fulano me gusta, porque es prolijo, hermoso, cumplidor”. **Filia** es un amor natural. **Ágape** es un amor sobrenatural. **Filia** es propio de la naturaleza humana. **Ágape** es propio de la naturaleza divina. Es por eso que nosotros, naturalmente, amamos con un amor **filia**. Si me trata bien, lo trato bien. Si es bueno conmigo, me resulta fácil amarle. En la iglesia existen tanta divisiones porque generalmente amamos con **filia**. **Filia** es un amor selectivo; amo a algunos y a otros no. Algunas personas me resultan simpáticas y otras antipáticas. A unos recibo y a otros resisto. Encontrarme con algunos es una alegría, con otros un aburrimiento. De este modo, en las congregaciones se producen preferencias, círculos de amistad y divisiones.

**Ágape** es amor incluyente; ama a todos por igual sin diferencias. Tan sólo con el amor **ágape** la iglesia puede llegar a la unidad. **Ágape** es el amor de Dios en nosotros. “La gloria que me diste les he dado para que sean uno”. Y la gloria que él puso en nosotros es su mismo ser, su misma naturaleza, su propia calidad. De este modo que su amor **ágape** está en nosotros, dentro tuyo y dentro mío, para que seamos uno.

Ama con **ágape** a todos, al bueno y al malo, al que te saluda y al que te ofende, pues si sólo saludamos a los que nos saludan, ¿qué virtud hay en ello? ¿No hacen lo mismo los del mundo? “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, hacen bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No

hacen también así los gentiles?” (Mateo 5:44-47). Ama a todos con el amor de Dios. Sea tu rostro como el sol sobre el bueno y sobre el malo.

Ahora podemos comprender un poco mejor por qué el Padre nos ama igual que a Jesús. Pues no depende del objeto amado, sino de sí mismo. Dios es amor.

Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor (**ágape**) con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

(v. 26)

Juan 17, p. 16

Jesús concluye su oración en Juan 17, pidiendo que el amor con que el Padre ama al Hijo, esté en nosotros. Esta es la única forma en que podemos llegar a ser uno. ¿Qué significa esta última petición? Que nosotros nos amemos los unos a los otros como el Padre ama al Hijo. ¿Cuánto ama el Padre al Hijo? Pues, Jesús pide que ese amor del Padre esté en nosotros, para que nosotros nos amemos unos a otros con el amor ágape de Dios.

Pablo dice en Rom. 5:5 que el **ágape** de Dios da sudo derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. ¡Aleluya! El **ágape** de Dios, ese mismo amor con que el Padre ama al Hijo, ha sido derramado en nosotros. ¡Esto es tremendo! El Espíritu Santo nos ha comunicado el amor del Padre. El **ágape** está en tu por el Espíritu Santo. Tú puedes amar a tu hermano como el Padre ama al Hijo, pues la misma calidad de amor que está en el Padre está en ti.

Queridos hermanos, si hasta hoy hemos amado con **filia**, comencemos a amar con **ágape**. No vivamos en el plano de lo natural, que es vivir en la carne. Vivamos en el plano de lo sobrenatural, que es vivir en el Espíritu. Cuando el Señor nos manda que nos amemos los unos a los otros, quiere decir que nos amemos con **ágape**, pues utiliza el verbo griego **agapan**.

Cuando amamos con **ágape**, estamos siendo uno con todos los hermanos; estamos construyendo la unidad que Jesús pidió. Pablo en Col. 3:14 dice, “Vestíos de **ÁGAPE**, que es el vínculo perfecto”. El mismo vínculo que hace uno al Padre con el Hijo nos hará también uno a nosotros.

Dios nos da tal calidad de amor, que aún podemos amar a nuestros enemigos. “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”. ¿Mi enemigo? ¡Sí! El **ágape** es inalterable, invariable, inmerecido. No depende de las cualidades de la persona amada; depende de la calidad de amor que reside en mí. ¿Cómo pudo orar Esteban a favor de los que le estaban matando? No usó **filia**, sino **ágape**.

Y si podemos amar a nuestros enemigos, ¡cuánto más a nuestros hermanos! Lógicamente, con nuestros enemigos o con los inconversos, no podemos ser uno, pues para que haya unidad debe haber un **ágape** recíproco.

Las fallas de mis hermanos o mías, no son obstáculos para la unidad, ni deben limitar el amor; por el contrario, son circunstancias en las que necesitaremos mucho amor. Pues si mi hermano tiene una mota en su ojo, precisa de otro hermano que con amor le ayude a quitarla (sacando primero la viga de su propio ojo, que es la falta de amor). Si mi hermano peca, no debo dejar de amarlo, sino al contrario, debo acercarme a él con amor y, a solas, reprenderle de parte del Señor. Esa reprensión ha de ser una expresión de amor, pues es para corregirle y ayudarlo.

Lo que va a construir nuestra unidad es el amor del Padre en nosotros, para que nos amáramos unos a otros, así como el Padre ama al Hijo. Ese **ágape** ya está en nosotros por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Usémoslo. ¿Hablan mal de ti? No Juan 17, p. 17

importa, usa **ágape**. ¿Te critican? Ámales, sírveles, se humilde, ten paciencia. ¿Te tratan mal? Respóndeles con **ágape**; muéstrales amor, ve con la toalla y el agua, lávalos los pies; deja que todos los argumentos se vayan derrumbando al ver tu amor perseverante.

La unidad es obra de Dios, y cuando obra el amor, obra Dios, porque Dios es amor. Amemos a todos hasta que todos seamos uno.

### CONCLUSIÓN

**“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean PERFECTOS EN UNIDAD, para que el mundo conozca que tú me enviaste”.**

(v. 23)

La plenitud del Padre habita en el Hijo, y el Hijo en nosotros. ¿Para qué? Para que seamos perfectos en unidad. La expresión “sean perfectos”, en el griego **‘teleioō’**, significa culminar un proceso de maduración, de completamiento. Se podría traducir también por completar, llegar a la madurez, al pleno desarrollo. Se empleaba, por ejemplo, para referirse a una criatura que había completado su gestación en el vientre de su madre, o cuando alguien alcanza su pleno crecimiento y formación.

Jesús pide al Padre que, como resultado de su presencia en nosotros, vayamos madurando hasta alcanzar el pleno desarrollo de ser completamente uno, para que el mundo conozca al Hijo de Dios. Esta es una obra sobrenatural, que tan sólo será posible por el desarrollo de la vida de Cristo en nosotros.

Cuando Jesús ora, “que seamos uno”, está pidiendo por todas nuestras relaciones. Que seamos uno en nuestro matrimonio como el Padre y el Hijo son uno. Que seamos uno con nuestros hijos amándoles con el ágape del Padre, que seamos uno con los hermanos que se reúnen en nuestro hogar, y los que nos conocen se van a convertir. Que seamos uno con todos en la congregación; con el débil, con el fuerte, con los pastores, con los nuevos, con el que ríe, con el que llora, con el que tiene, con el que necesita, con el anciano y con el niño, con el amable y con el difícil... con todos y con cada uno.

¡Y llegará el día que seremos uno con todos los cristianos que viven en la misma localidad por extensión del mundo!\* ¿Cómo? ¿Discutiendo quién tiene la verdad? No, pues la verdad no es un concepto correcto; la verdad es una vida correcta, una persona, la verdad es Cristo, es Dios-Amor morando en nosotros, y haciéndonos amar los unos a los otros como él nos ha amado.

LA IGLESIA IRÁ EXPERIMENTANDO GRADUALMENTE UN PROCESO IRREVERSIBLE DE CRECIMIENTO Y MADURACIÓN QUE CULMINARÁ CON LA UNIDAD DE TODOS LOS HIJOS DE DIOS AQUÍ EN LA TIERRA, PREDETERMINADA POR EL SOBERANO Y OMNIPOTENTE DIOS DESDE ANTES DE LA FUNDACIÓN DEL MUNDO, Y GARANTIZADA POR

Juan 17, p. 18

LA PRESENCIA DEL RESUCITADO Y VICTORIOSO SEÑOR JESUCRISTO EN SU IGLESIA.

**Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.**

(Ef. 3:20, 21)

---

\* La unidad de la iglesia es un tema muy mentado en los últimos años, en casi todos los círculos cristianos. Y gracias a Dios por ello. Algunos al hablar de la unidad, lo aplican únicamente a la unidad de su propia denominación o congregación, lo cual aunque es un buen punto de partida, no es correcto que se limite a ella, pues Jesús oró por la unidad de todos los hijos de Dios.

Otros ensanchan un poco más su círculo y piden por la unidad de todos los que son parecidos a ellos. Por ejemplo, la unidad de todos los carismáticos, o la unidad del pueblo pentecostal, o la unidad de todos los evangélicos, etc. Jesús pidió que todos seamos uno... para que el mundo crea.

Otros abogan por una unidad fraternal. Que las denominaciones y congregaciones sigan intactas, pero que nos tratemos con amor, respeto, y buena ética; que tengamos algunas actividades conjuntas de vez en cuando, etc. Lógicamente, esto sería hermoso, pero es sólo una meta intermedia, pues Jesús pidió “que sean perfectos en unidad”, es decir una unidad completa y total.

Están aquellos que dicen: “Ya somos uno en Cristo, la unidad es espiritual”. Esto en parte es cierto, pero también es cierto que los cristianos en la práctica están divididos. Como un matrimonio que vive separado, aunque el vínculo espiritual que los une es indisoluble. Jesús rogó por una unidad visible ante el mundo.

Otros creen en la unidad en lo esencial. Siguiendo la figura del tronco y las ramas, dicen: “en lo esencial (el tronco) somos uno, las ramas, la gran diversidad de

denominaciones, son la expresión del crecimiento de la iglesia a través de los siglos. Cristo dice: “Mas no ruego solamente por estos, sino también por lo que han de creer en mí, por la palabra de ellos, para que TODOS sean uno” (vs. 20, 21)

He escuchado también a algunos hablar de la unidad por integración tribal. Siguiendo la figura del Antiguo Testamento de las doce tribus de Israel, sostienen que cada denominación es una tribu y entre todas formamos el pueblo de Dios. La figura es interesante, sólo que no obedece a una correcta hermenéutica, ya que en el Nuevo Testamento no hay ninguna enseñanza acerca de la división de la iglesia en tribus, o un sistema patriarcal de subdivisión. Por el contrario, enseña que la iglesia es una sola familia, un solo cuerpo.

Juan 17 p. 19

Hay también algunos que predicando fuertemente la unidad de la iglesia, abren una congregación en la ciudad y se autodenominan “la iglesia de dicha ciudad”, rotulando a todas las demás congregaciones como sectas y divisiones. Dificilmente por ese camino llegaremos a la unidad que pidió Jesús.

Todas estas posturas me parecen insuficientes e incompletas pues Jesús aboga ante el Padre para que lleguemos al pleno desarrollo de una unidad completa, perfecta y total de todos los hijos de Dios.